

Рондели

I

Эта женщина — как чаша
голубого аромата,
мне тревожит кровь и ум:
Аннабель и Улялюм...²

Эта женщина, как чаша...

Лишь одна в подлунной нашей
мне награда и расплата:
та, которая как чаша
голубого аромата.

ончаренко

[CAPÍTULO CUATRO]

¿Por qué leer (a Kafka) desde la experiencia?

~ HELEN YULIETH HERNÁNDEZ PÁEZ ~

*Cuando se ha puesto una vez el pie del otro lado
y se puede sin embargo volver,
ya nunca más se pisará como antes
y poco a poco se irá pisando de este lado el otro lado.*

Roberto Juarroz

Hablar de mi lectura de Kafka no es fácil porque, para comenzar, es preciso insistir en que leer a Kafka no es haberlo leído ni hablar sobre lo que pudo haber dicho. Creo que no podré decir a conveniencia lo que he leído y, sobre todo, qué es lo que he leído cuando he intentado leer algo de Kafka. Cada vez me doy cuenta de que he perdido toda esperanza de aquel horizonte llano que delante nuestro presenta la lectura como un hecho cansado. Mis tiempos para hablar de la lectura parecen pertenecer al tiempo de la melancolía, de un nebuloso descontento —por supuesto, más allá del pesimismo y del optimismo—, el cual me lleva a abandonar toda confianza.

Debo iniciar diciendo que no soy un lector fuerte; soy un lector frágil. Cuando en el trasegar de mis lecturas me topé con Kafka, no fui tan fuerte como para liberarme tan fácilmente de mis experiencias; no tuve la fuerza necesaria para acallar mis pensamientos para que transitaran más rápidamente; no conté con la valentía para ignorar lo que gritan sus palabras. Contrariamente, día a día sentía el murmullo de aquellos pensamientos

retumbando, creando torbellinos para remover piedras y territorios petrificados. No pude omitir los paisajes de ruina que han caído sobre nosotros cuyas instancias no pueden ya ser desconocidas. Por más que quise, no pude escapar de Kafka y de aquel mundo como una oficina desierta. Debo reconocer que lo intenté. En muchas ocasiones leí desde la idealidad. Intenté muchas veces leer como si estuviera escandiendo palabras o revisando un expediente, pero inútilmente tropecé con un abismo, un silencio que me producía cada día más un adormecimiento y un desasosiego inevitables. No fui tan fuerte. Terminé regresando a aquellas experiencias de lugares arrasados por la potencia del decir, del sentir, del pensar.

¿Qué hacer entonces? No huir de mis experiencias sino afirmarlas. ¡Sí! He sentido la desolación de aquel mundo burocratizado narrado por Kafka; he escuchado el dolor de quien se reencuentra en un poema; he visto rostros huidizos y transformados que a la luz del día no se reconocen; he caminado entre parajes de quienes han perdido sus certezas; he compartido con muertos un silencio desarraigado; he sentido la presencia de K., Samsa, Josefina, el perro que investiga, Josef K., Odradek como una persistencia que me acompaña a vivir. Por eso, me es imposible hablar de la lectura de Kafka como debe hacerse, al margen de las experiencias y expuesto al rigor de la razón.

Por más que lo evité, terminé por encontrarme con aquel escritor habitado por una desilusión profunda. Kafka me ha deshecho sueños, me ha rebajado a una miserableza asfixiante, a una insignificancia abismal, pero, sobre todo, al tedio de tener que enfrentarme con mis propios pensamientos. Sus páginas me han dejado ver que no puedo concebir mis lecturas sin exponerme del todo, sin pensar desde mi experiencia y sin leer desde mis sensaciones, como evocaciones de rastros que en mí han dejado los tramos de vida. ¿Cómo no escribir desde la experiencia si lo que siento ante mis ojos se torna imborrable? He creído en la escritura de Kafka, y, desde entonces, ya no puedo

leer palabras impresas porque «la ficción me acompaña como mi propia sombra» (Pessoa, 2013, p. 204). Creo en narraciones que conservan aún un misterio cautivador; creo en Kafka como un sobreviviente de este arrollador mundo.

Mis inclinaciones por leer desde la experiencia reafirman la desazón que siento frente a la lectura como categoría transversal. Sucede, como lo escribió alguna vez Neruda, que a veces me canso de ser hombre; me canso de tener que leer, de sentir la obligación de leer, de saber que el leer es una deuda para mostrar una continuidad de sucesos. Sucede que ya no siento mío el mundo. No quiero para mí tantas lecturas que se leen una tras otra, tras otras; en lugar de ello, deseo experimentar palabras que se leen al leerme; trazos de escritura que me recuerdan también que soy lectura, que también soy escritura.

Escribo leyendo,

leo escribiendo

Y solo podría llamar propias a lecturas que no son mías, que son impersonales y que, por tanto, no me pertenecen, se pierden en parajes poéticos, se hunden en un fondo al que muchos llaman existencia. Por ello, a pesar de que las palabras aquí pudiesen ser mis lecturas experienciales, ya ni yo mismo sé si soy yo el que está ahí. Las experiencias narradas a lo largo de este texto existen realmente gracias a que me he extraviado. Ya no es posible saber quién soy, porque, entre otras cosas, no sé quién soy ni quién fui cuando leí: el yo desvanecido en el que en algún instante tembloroso se puede intentar decir alguna palabra perdida entre el castillo, desestimada en los laberintos burocráticos. Sostener un pensar en el que el dejar de ser y el dejar ser como acto de renuncia conserva no solo lo que es, sino también lo que no es: un movimiento en el que el “yo” puede suprimirse a sí mismo, determinando la posibilidad de ser y no ser; un lenguaje que puede proyectarse hacia una experiencia que es y no se realiza completamente.

¿Es posible dejar de ser? ¿Es posible dejar de hablar desde sí mismo como proyección de sí mismo? ¿Se puede acaso permanecer en silencio, permanecer a la espera de que algo nos pase o de que nada nos pase? ¿Podemos pensar y leer y luego no existir? ¿Acaso podemos nombrarnos desde el lugar de la ausencia, incluso cuando el “yo” habla, el “yo” piensa, el “yo” escribe en el hermoso sentido de las interpretaciones asignificantes de Gilles Deleuze (1978)? ¿Podemos, entonces, ensayar una lectura que nos sitúe en el acecho de la exigencia impersonal del “yo” en ese interminable combate?

Leer supone un acto de ruptura. La primera vez que leí un libro de Kafka supe que algo se había roto. Mis ojos se entreabrieron al sinsentido, a personajes abandonados a un mundo que los expone a la arbitrariedad de la incomprensión, un mundo cuyo argumento parece ser parte de un guion, el cual existe aun sin la existencia de nada ni nadie. Pienso que la lectura de Kafka resulta maravillosa porque se afirma en la singularidad y en la lejanía, una revelación de aquello que hemos venido siendo, pero también la revelación de aquello que aún no somos, de aquello que aún no hemos pensado. Sigo, entonces, gravitando; sigo girando hacia las preguntas: ¿Por qué Kafka y no otro?, ¿por qué no otro, ya que hay tantos otros y sí Kafka?, ¿por qué sí o por qué no Kafka? De momento, no tengo respuesta.

En el despojo irremediable de este tiempo, la lectura de Kafka hace presente:

La angustia, los relatos sin terminar, el tormento de una vida perdida, de una misión traicionada; cada día transformado en exilio, cada noche exiliada en el sueño y, para terminar, la certeza de que sus relatos son ilegibles y radicalmente imperfectos (Blanchot, 2002, p. 179).

La lectura de Kafka nos introduce a un paisaje más complejo e inquietante: la lectura, ese acto vital por el cual quien lee, al haberse deshilvanado de su “yo”, al haber renunciado a sí mismo, mantiene, sin embargo, la posibilidad de poder decir, un decir en el territorio de lo no dicho. Una lectura puede ser leída porque quien la lee puede decir algo que no es ya él mismo, un desplazamiento no radical en el que no se pierde todo soporte, sino en la afirmación del devenir. El “yo” en la lectura, en el decir de Blanchot (2002), es el “yo” convertido en “nadie”, donde “nadie” es un “yo” convertido en otro, de manera que «allí donde estoy no pueda dirigirme a mí y que quien a mí se dirija no diga “yo”, no sea el mismo» (p. 24). Por ello, Kafka no es un escritor agotado por los estudios, teorías y sistemas. Lo evocamos de nuevo, a pesar del tiempo; lo recordamos para asistir a narraciones en las que podamos habitar el espacio que pensamos, para poder configurar una lectura que, como afirmó Heidegger (1997), da en qué pensar.

Kafka nos lleva, como dice Blanchot (1991), a traicionar su verdad como fuerza extraliteraria. El sentir que se encuentra en su obra trastoca parajes como salidas para vernos imposibilitados en poder continuar como si nada. Su escritura desafía las formas complacientes de lectura, nos arroja a un extrañamiento insistente, a situaciones que pueden perder toda relación con aquello que designan como regla uniforme. ¿Por qué, tratándose de Kafka, esas situaciones absurdas y totales pueden producir una inexplicable alegría? ¿Por qué el haber leído *La metamorfosis*, donde se encuentra un horror mayor para existir, produce, al tiempo, sensaciones de cambio y de transformación? ¿Por qué si al castillo no le falta nada y no tiene carencias, creemos, al tiempo, que todo falta? Si bien en el castillo o en el proceso no hay contra quién emprender rupturas, a pesar de ello podemos creer que es posible no sentirnos aniquilados por la presencia del padre ni condenados por una realidad entre la neblina blanca y los muros del estrado. El leer desde la experiencia como lucha del sentido es también lucha contra nosotros mismos.

Si recordamos, en el proceso, Josef K. nunca responde contra la ley, como tampoco K. renuncia al castillo, como el campesino tampoco se rebela ante el guardia, como Samsa tampoco acusa a su familia. Al parecer, hay una aceptación a la ley y a la autoridad. No obstante, ¿por qué aún creemos en Kafka? ¿Por qué hemos regresado a él una y otra vez? ¿Por qué Kafka, si nunca en sus escritos desmiente el poder y mantiene una actitud fría y objetiva frente a los acontecimientos, es también el escritor del devenir y de las transformaciones? ¿Por qué si Kafka da por sentado que K. es culpable, nosotros no podemos hacerlo? Leer es una acción que nos cuesta y nos duele. La lectura tiene un peso cuya carga nos destroza, porque podemos ser arrollados por aquella fuerza; nuestro cuerpo puede ser derribado, y puede resultar una paradoja frente a nosotros: mientras Kafka más se distancia de sus narraciones, quien lee se acerca más y más para intentar comprender lo que Kafka da por terminado y hecho.

Si aceptamos la captura de Josef K., o la renuncia de K. ante el castillo, o fingimos conocer el contenido del mensaje imperial, o entendemos la culpa como algo patológico, daríamos por sentado que su obra está escrita. Pero Kafka nos hace creer por un momento que hemos comprendido todo en cuanto escribe, pero al tiempo no nos deja en paz. No solo nos obliga a encontrar sentidos en un mundo donde nadie quiere encontrarlos, sino que no es suficiente con ello; nos empuja a mostrar una inconformidad ante su misma realidad. Es imposible mantenerse en una imparcialidad frente a lo que se dice. Si quien narra la historia poco le importa lo que sucede y abandona a sus personajes a una suerte de frustraciones, nosotros no podemos hacerlo. De hecho, son los lectores quienes dudan del crimen por el cual acusan a Josef K. y quienes ponen en duda si Samsa se convirtió en un insecto.

La escritura de Kafka exige un lector que se enfrente en todo momento con aquello que muestra la lectura. Kafka parece habernos abandonado en un mundo en el que a nadie le interesan los acontecimientos y la

experiencia. ¿Qué hacer entonces? ¿Lo mismo de K.? Creo que leer desde la experiencia es una lucha constante contra nosotros mismos.